

Cuadernos del Sur

Número 7



Abril 1988

Tierra  fuego
del

EL PASADO QUE NO PASA Y EL FUTURO QUE SE PREPARA

Guillermo Almeyra

Durante todo 1986, los historiadores y sociólogos alemanes libraron una batalla de ideas, con importantes implicaciones metodológicas, teóricas, políticas. La misma alcanzó la prensa internacional (en particular la estadounidense, la inglesa, la italiana, la francesa)¹, pero hasta ahora ha tenido escaso eco en América Latina. De ahí estas notas, de divulgación y, al mismo tiempo, de ubicación del debate.

Hay que decir, en primer lugar, que esta discusión alemana no es única y tiende a replantearse, en diferentes formas y con otros alcances y protagonistas de distinto nivel, en otros países. Es notable, en efecto, cómo el proceso a Klaus Barbie, en Lyon, sacó a primer plano no sólo la revisión histórica francesa de la posguerra última sino también la necesidad de un balance particular del nazismo y de las características del régimen de Vichy y de los movimientos fascistas franceses. Los diletantes de la historia, tipo Faurisson o Alain Finkielkraut (*L'Avenir d'une négation*, Le Seuil, Paris, 1982) ya habían desarrollado, por otra parte, su negación de la magnitud de los crímenes nazis y sus argumentos antisemitas mientras entre los historiadores de renombre crece también la tendencia —a 200 años de la Revolución Francesa— a “enterrar” una vez más a los odiados jacobinos, mostrándolos como una especie de aborto ideológico, y a revalorizar, en cambio, a los girondinos (ver, en su expresión popular, la película “Danton”, de Wayda). Aunque nunca faltaron en Francia historiadores que reivindicaban el legitimismo del Ancien Régime, la brecha cultural abierta por los “nuevos filósofos” ahora se ha ampliado y la abominación de las ideas y corrientes de ideas que antes eran acep-

tadas se ha extendido ya hasta el racionalismo y la Gran Revolución. La impopularidad académica del marxismo en la Europa de nuestros días y la esterilidad de la historiografía marxista en esos países en lo que se refiere al análisis del fascismo y del nazismo², han abierto el campo al abandono de la visión marxistizante o marxista del fascismo y a una relativización de éste, de la cual es expresión la famosa *Intervista sul fascismo* (Laterza, 1985) del ex comunista y profesor de Historia de los partidos políticos en la Universidad de Roma, Renzo de Felice, que provocara en su momento una aguda polémica en Italia. En cuanto a América Latina, los que jugaron con la idea de la revolución y, ahora, escaldados, absolutizan en abstracto la búsqueda de la Democracia, reinventando el liberalismo, están conquistando la hegemonía cultural y saltan con desparpajo por sobre la historia de sus países, revisándola de un modo funcional al régimen, e incluso a los gobiernos de turno (ver, en la Argentina, la revista cultural "Ciudad Futura").

Dicho esto, hay que reconocer, en segundo lugar, que la polémica alemana es, cualitativamente, más importante que las anteriores. No sólo por la merecida fama de los historiadores e intelectuales que en ella han participado (como Ernst Nolte, el historiador de "El fascismo en su época", o Andreas Hillgruber, que analizó ya en 1965 la estrategia hitlerista en su famoso libro *Hitlers Strategie. Politik und Kriegsführung 1940-1941*. Francfort, 1965) y que están lejos de ser simpatizantes del nazismo, sino también por la magnitud de los problemas metodológicos, y hasta filosóficos, planteados por la discusión y que tienen alcance universal.

Reaparecen, en efecto, las teorías clásicas sobre el fascismo, aunque en el campo ya adquirido de la comprobación de que, bajo esa etiqueta, no se pueden colocar fenómenos disímiles, como el nazismo, los regímenes populistas autoritarios de los países del Tercer Mundo, las dictaduras militares conservadoras, cualesquiera sean las similitudes en sus métodos terroristas de Estado. En su esfuerzo "neorevisionista" o "neoconservador", los historiadores prestigiosos que replantean el estudio del nazismo mezclan varias de las teorías que han intentado explicar el fenómeno (y que fueron criticadas, por sus insuficiencias, en las décadas pasadas) e integran en esa mezcla la idea de la identidad totalitaria entre nazismo y comunismo, la de la locura de Hitler como base del antisemitismo, la de un Hitler víctimas de una lógica impuesta por la geopolítica de los aliados y defensor de la identidad histórica nacional alemana, incluso en medio de sus peores crímenes, la de la "enfermedad moral" y el autoritarismo presente en la formación cultural (en el sentido antropológico) de los alemanes y, particularmente, de la clase media alema-

na. E, identificando lo que es diferente, como el nazismo y el stalinismo y, al mismo tiempo, reduciendo a accidentes y pormenores particulares las características y las causas del nazismo, presentan a éste como uno de tantos regímenes genocidas que conoció la humanidad, sobre todo en nuestra época, y le quitan toda singularidad histórica. Según Ernest Nolte (“El pasado que no quiere pasar”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 6 de junio de 1986) el Archipiélago Gulag es anterior a Auschwitz, el “exterminio de clase” de los bolcheviques es el precedente lógico y factual del “exterminio de raza” de los nacionalsocialistas, Hitler y éstos realizaron una “acción asiática” quizás sólo porque se consideraban y consideraban a sus semejantes víctimas potenciales o efectivas de una acción “asiática” soviética (la amenaza de la jaula de ratas sobre la cara que Hitler habría tomado en serio, sacándola de la literatura antibolchevique de los años 1920 sobre las torturas de la Cheka). Según Nolte, “todo lo que hicieron los nacionalsocialistas (...) con la única excepción de las cámaras de gas, ya había sido descrito en una vasta literatura de comienzos de los años veinte” y existiría “un nexo causal” entre los asesinatos bolcheviques y el exterminio nazi. El biógrafo de Hitler, Joachim Fest, defendiendo a Nolte, va más allá y se pregunta si el asesinato masivo, con un tiro en la nuca, aunque no existan pruebas fotográficas ni documentos al respecto, no era igual, cualitativamente, a las cámaras de gas y, por lo tanto, los nazis no hayan innovado nada y deban todos sus horrores al stalinismo y, aunque sea necesario condenar el genocidio hitlerista, sea también necesario poner en discusión el “simplismo y la unilateralidad de la tesis (...) de la peculiaridad sin precedentes de los crímenes nazis” y sacar a Hitler del mito para analizarlo históricamente.

Pero la discusión va más allá de la revisión (re-visión) de la historia del Tercer Reich. Hillgruber, por ejemplo, plantea que, para Alemania y Europa, el problema del papel político del centro del Viejo Continente sigue siendo actual y que la identidad histórica de los alemanes radica en su papel geopolítico. Mientras Michael Stürmer (*Weder verdrängen noch bewältigen*, en “*Schweizer Monatshefte*”, setiembre de 1986, pág. 690) insiste aún más firmemente sobre lo mismo escribiendo que “Quien se interroga sobre la historia se interroga en verdad sobre su lugar en el espacio y en el tiempo. Están en juego tres cuestiones: la identidad cultural y política, la continuidad interna, la confiabilidad política ante el extranjero. Las tres cuestiones son inseparables pues en un país sin recuerdos, en efecto, todo sería posible” Y agrega que los historiadores deben movilizarse contra el trauma dejado por el nazismo en la concien-

cia de los alemanes pues “en un país sin historia (conquista) el futuro quien colma la memoria, acuña las ideas e interpreta el pasado”.

El papel de Alemania (Alemania Federal, por lo menos) como baluarte de Occidente (de la OTAN, dirá Habermas, combatiendo contra esas posiciones) en Europa central y el papel de los historiadores como forjadores de una cultura popular que permita cumplir con esa función histórica, aparecen crudamente en las posiciones de los historiadores “neotradicionalistas”, como los llama Gian Enrico Rusconi, en su excelente prólogo a la edición italiana de la polémica alemana (Germania: un passato che non passa, Nuovo Politecnico 160, Einaudi, 1987, Turín) Habermas, a nuestro juicio, tiene más razón y no incurre en un exceso de politización de la polémica, cuando recuerda la visita de Ronald Reagan y de Helmut Kohl al cementerio de guerra de los SS en Bitburg y el discurso electoral del derechista socialcristiano Franz Josef Strauss, que sostenía “Ha llegado ahora verdaderamente el momento de salir de la sombra del Tercer Reich y de la órbita de Hitler y de volver a transformarnos en una nación normal (...) Sin una identidad nacional en la que los alemanes encuentren su relación con ellos mismos, con su propio pasado, pero también con el propio futuro, el pueblo alemán no podrá realizar su tarea en este mundo (...) Y por eso, señoras y señores, hoy tenemos necesidad —y lo digo sin arrogancia— de caminar más con la cabeza erguida” (*Frankfurter Rundschau*, 14 de enero de 1987). También la tiene cuando recuerda que, en un congreso de la Fundación Konrad Adenauer, el historiador y biógrafo de Adenauer, Hans-Peter Schwarx, “sintetizó el debate entre los historiadores de un modo claro, reconduciéndolo a un concepto de política de potencia” y se preocupó porque “allí donde la conciencia nacional es reemplazada por un sentimiento de culpa, la degeneración del patriotismo en pacifismo derrotista ya está programada” (de “*Die Zeit*”, 6 de febrero de 1987). Las citas son tomadas de la mencionada edición italiana de la discusión).

No en vano el gobierno de Alemania Federal está creando museos de historia, para acabar con el “complejo de culpa” dejado por el hitlerismo y para no abandonar en manos de la República Democrática Alemana el uso de la continuidad histórica (conmemoración de Federico el Grande, exposición sobre la historia prusiana, asumida acríticamente, con Bismarck y los neobismarkianos incluidos, etc.). El problema de fondo, que trasluce en la polémica, es pues qué Europa quieren los alemanes, qué Alemania desean, cuál es su posición frente a la identidad alemana (¿identidad con Alemania Federal?), ¿de toda la nación alemana.

separada en diversos Estados?) ¿cuál debe ser su patriotismo (¿europeo, o sea el de una Europa unida en la cual se fusione la nación alemana?, ¿aleman, o sea revanchista, lanzado a la reconquista de la unificación estatal y de un papel en el centro de Europa?, ¿alemán constitucionalista, de la FRA?). Y es también el de la responsabilidad histórica por el nazismo, el de la relación entre las generaciones, el de las raíces culturales, sociales, políticas, que deben ser comprendidas y superadas para no producir lo que del pasado aún está vivo en el presente y preña el futuro.

¿Son “revisionistas” o “neoconservadores” los historiadores que buscan “banalizar” el nazismo, integrándolo en la larga serie de crímenes modernos que comienzan con el genocidio de los armenios realizado por los turcos, sigue con el Archipiélago Gulag y el exterminio de los kilacks por Stalin y continúa con el de los judíos (por no hablar de los gitanos, los enfermos mentales, los prisioneros soviéticos, los eslavos) por Hitler, para llegar al genocidio polpotiano en Kampuchea probando así “la maldad” de la naturaleza humana y del poder? Para Rusconi (en el prólogo ya mencionado a la edición italiana de la polémica el revisionismo intenta cambiar —y no conservar— el *status quo* cultural y, por consiguiente, la palabra adecuada para calificar a los historiadores que intentan “banalizar” el nazismo (aunque sean antinazis, liberales) es más bien “neotradicionalistas” pues desean reincorporar a la legalidad cultural las ideas tradicionales de nación y de potencia que habían sido dejadas de lado.

Rusconi destaca, con justeza, que al auge de las ciencias sociales asociado a la historia que renovó el espíritu crítico alemán, le sucedió hace diez años una ola contraria, que combina el interés por el narrativismo y la temática geopolítica, la visión que privilegia las relaciones de potencia, las instituciones, el Estado, y no las estructuras sociales, la vida de la gente común. Los historiadores sociales, negando estos aspectos, por considerarlos justamente reaccionarios y nostálgicos, dejaron el campo libre para su explotación por los neotradicionalistas, que pasan a la ofensiva para responder al “hambre de la historia” de un pueblo que quiere ajustar cuentas con su pasado y que no ve concretarse la Europa unida que le daría sentido a su devenir.

La teoría de Stürmer de las dificultades para la modernización surgidas en Alemania de su pasado y de su ubicación en el centro de Europa se empalma con la idea de que el fascismo es una respuesta particular y fracasada a la modernización de cierto tipo de naciones. Esa teoría deja en manos de la fatalidad geopolítica la responsabilidad por el nazismo y pone en el centro de la continuidad de la historia alemana, no en sus estructuras sociales, en el reaccionarismo e imperialismo de sus clases go-

bernantes, sino en la posición geográfica central y en la competencia entre las grandes potencias que, en un país no modernizado, supuestamente requeriría un Estado dictatorial. Según Stürmer, la Alemania de hoy necesitaría incluso disponer de la amenaza nuclear (y de la OTAN) pues la geografía no ha cambiado con relación a la época de la potencia prusiana y de la Alemania de Guillermo I. Por qué un país central debe sentirse amenazado y por qué debe ser hegemónico mundialmente o sometido es algo que Stürmer y sus amigos no explican, pues lo dan por sentado, lo consideran un axioma. Por qué, corresponde al Estado central un papel de intermediario entre Occidente y Oriente (intermediario que llegó a Stalingrado en su misión "mediadora", recuerda Habermas) y quién le concedió a los alemanes esa misión histórica, es algo que Stürmer no siente tampoco la necesidad de explicar.

Jürgen Kocka, en su artículo *Hitler sollte nicht durch Stalin und Pol Pot verrängt werden*, en la "Frankfurter Rundschau", del 23 de setiembre de 1986, sostiene que la relativización del nazismo, para obtener consenso, lleva a la falta de credibilidad entre los jóvenes, cierra el camino a la comprensión histórica. Y agrega que la comparación de Alemania con la Rusia soviética stalinista es falsa, pues evita la comparación con Francia e Inglaterra, mucho más cercanas al tipo de desarrollo alemán; y que la política del Imperio alemán no se debe a la posición central del país (pues también Suiza o Polonia son centrales) sino a la estructura del poder y al tipo de cultura y de organización de las clases dominantes. Hans Mommsen, por su parte, en *Neues Geschichtsbewußtsein und Relativierung des Nationalsozialismus*, en "Blätter für deutsche und internationale Politik" de octubre de 1986, escribe que la separación de la "pequeña Alemania" bismarckiana en dos Estados es irreversible y que buscar una "identidad nacional" es una tarea que puede transformarse en instrumento de lucha ideológica y puede servir a un espíritu de cruzada occidental. Wolfgang Mommsen, en *Weder Leugnen noch Vergessen befreit von der Vergangenheit*, en la "Frankfurter Rundschau" del 1 de diciembre de 1986, ataca por su parte, como lo hiciera Habermas, a Andreas Hillgruber.

Este había adoptado, según él, la posición de los ejércitos alemanes orientales, que defendían la vieja Prusia, y la posición de las poblaciones que después fueron trasladadas hacia el Oeste. La defensa a toda costa de esas regiones, según Hillgruber, permitía al hitlerismo seguir con sus planes de exterminio en el resto de Alemania pero era la única forma de preservar la unidad nacional y de evitar las atrocidades soviéticas y la separación del cuerpo alemán de enteras zonas históricamente prusianas, decidida de antemano por Churchill y por Stalin.

Mommsen responde correctamente que “La derrota de la Alemania nazi interesaba no sólo a las naciones invadidas por Hitler y a las poblaciones seleccionadas por sus esbirros para ser eliminadas y oprimidas sino también correspondía al interés de los mismos alemanes” Varios historiadores recuerdan, por otra parte, a los neotradicionalistas que el Holocausto es posterior a los asesinatos presentados como “eutanasia” masiva y que las atrocidades hitlerianas son, además, anteriores a las grandes purgas soviéticas de mediados de los años treinta, y no solamente posteriores a ellas, por más que Nolte escriba, con respecto al llamado “nexo casual”, que la contrarrevolución es nada más que la respuesta a la revolución y que Hitler sólo puede ser visto correctamente como un anti-Lenin.

Hillgruber, al poner en cierto modo como compensación del exterminio de los judíos y de otras minorías y sectores nacionales o sociales, la destrucción del Reich y la pérdida de las provincias orientales no hace más que responder a la tradición conservadora en la historiografía alemana. Y Nolte, que ya en 1965 escribía que “no existe fascismo sin el desafío del bolchevismo”, actúa según la opinión de que la inmovilidad social y la inexistencia de la lucha de clases es la garantía de las instituciones liberales. Ya Jacques Maritain, representante de la escuela católica de estudiosos del nazismo, sostenía que “en virtud de un automatismo reflejo, no humano sino mecánico, el comunismo suscita y nutre las reacciones de defensa de tipo fascista o racista” (*Humanisme intégral*, Paris, 1936). La teoría del totalitarismo que unificaría stalinismo y fascismo, de todos modos, pone la responsabilidad mayor de ambos regímenes atroces en la URSS, no en el fascismo, y ayuda así a crear una buena conciencia “occidental y cristiana” anticomunista, una identidad nacional de habitante de una Marca combatiente y de frontera.

Jürgen Habermas (“Die Zeit”, 11 de julio de 1986) acusa a los “neotradicionalistas” (Nolte, Hildebrand, Hillgruber, Stürmer, pero después combate también contra Fest, que había salido a defender al primero) sosteniendo que ellos tratan de “conferir sentido” a una sociedad que perdió su sentido histórico, relativizando los crímenes nazis para lograr la “indemnización por los daños” del pasado alemán mediante un “empate” con los crímenes stalinistas, de modo de cerrar el balance del pasado e instaurar un clima cultural reaccionario y conservador, atlantista.

Martin Broszat (*Wo sich die Geister scheiden*, “Die Zeit”, 3 de octubre de 1986) define la polémica diciendo “Quien con charlas estúpidas quiere privar a los ciudadanos de la República federal de una relación autocrítica con la propia historia pasada y reciente les substraen uno de los mejores elementos de las costumbres políticas que se desarrollaron gra-

dualmente en este Estado en los últimos cincuenta años. La cosa que más confunde en todo esto es el malentendido de fondo, como si la sensibilidad moral ante la propia historia, adquirida por necesidad, constituyese una desventaja cultural y política con respecto a otras naciones, y como si se tratase de copiarles a éstas la autoconciencia histórica —que por motivos históricos a menudo es más robusta o más ingenua y, en la mayor parte de los casos, es políticamente deletérea” Wolfgang Mommsen, en el artículo citado, concluye por su parte: “En vez de ceder a la necesidad hoy dominante de armonización de nuestra visión de la historia, deberemos seguir siendo conscientes de la pluralidad de las realizaciones políticas, culturales y religiosas en el territorio alemán. Eso significa que la historia alemana es interpretada también hoy con perspectivas políticas diferenciadas, múltiples y, en esa materia, habría que dejar las cosas como están. Por el contrario, la pérdida del principio de la libre competencia entre las diferentes visiones de la historia equivaldría a una substancial pérdida de libertad y, al volver a revivir una visión de la historia, por decirlo así, “más alemana”, se colocaría realmente en peligro el orden liberal de Alemania Federal que, en cambio, debe ser consolidado”

Broszat es un liberal progresista y consecuente y crítica desde ese punto de vista a los liberales conservadores, tradicionalistas, que constituyen la mayoría de la corporación de los historiadores, en Alemania Federal. Pero su llamado defensivo y el de Habermas, que es un hombre de izquierda, a preservar la visión occidental de la libertad, de la responsabilidad y de la autodeterminación que el neotradicionalmente pone en peligro, muestra que la iniciativa no está en manos de los historiadores progresistas, que no han sabido responder de modo positivo a la gran demanda de conquista de una identidad colectiva, de una conciencia histórica que tienen los alemanes. Habermas propone un nuevo Iluminismo, humanista, y el desarrollo de una conciencia europeísta, unificada. Es demasiado vago y demasiado poco, sobre todo para la juventud, sobre todo cuando la unificación europea parece alejarse, y cuando los neotradicionalistas tienen razón en su crítica a Pol Pot, al stalinismo en su negativa a aplicar la etiqueta “fascista” a todo tipo de fenómenos reaccionarios que fascistas no son, aunque sean asesinos así como, en su crítica al dogmatismo de la izquierda en el campo de la cultura.

Augusto Del Noce que sostiene que el fascismo italiano era sólo un “totalitarismo trunco”, incompleto, en *Totalitarismo e filosofia della storia* (“Il Mulino”, febrero de 1957), dice que la historia contemporánea es “la historia de la filosofía que se hace mundo”. Huizinga decía, por el contrario, que aunque “unavisión sincera de la historia del reciente

pasado” es “una de las condiciones imprescindibles de la regeneración de la civilización “es imposible llevar a los hombres a una concepción unitaria de los acontecimientos”. Los que relativizan al fascismo y desearían que jamás existiese la lucha de clases, quieren hoy imponer su “filosofía de la historia” incluso en nombre del liberalismo y los antiliberales asumen el papel del viejo liberalismo, negándose a ello. Esta es una de las paradojas de nuestro tiempo; ello ilustra las dificultades en que se encuentra la izquierda.

La discusión histórica en Alemania y el éxito que está teniendo en la socialdemocracia de la RFA el Gramsci que analizó el papel de los intelectuales, tan olvidado en Italia, muestra de todos modos una importante reacción en el terreno cultural y político, en vez de ceder el paso a la chatura del pragmatismo y de las modas antimarxistas.

Esa discusión tiene como origen los cambios profundos producidos en el capitalismo de nuestra época, en Europa y desde los años setenta, en el terreno de la composición social (masificación acelerada, disminución del número de proletarios), del modo de explotación (cambios tecnológicos y en el proceso de trabajo, ofensiva en las empresas), de la cultura (eliminación de los restos del humanismo, crecimiento del irracionalismo, masificación de la enseñanza reduciendo su calidad, pragmatismo eficientista de la misma). La cultura, la enseñanza, las nociones históricas, constituyen hoy un vestido anticuado y ajustado que no permite ya el libre movimiento de la sociedad capitalista actual. En el momento de máxima internacionalización del capital, hay también un aumento brutal del irracionalismo racista, del irracionalismo religioso, del irracionalismo nacionalista y un abandono acelerado de los valores internacionales, humanitarios, presentes en la Revolución Francesa, en el Iluminismo, en el marxismo, incluso en el liberalismo. Los intelectuales, para el capitalismo, deben asegurar la mediación cultural para adecuar la sociedad a una eliminación de los espacios democráticos y de las relaciones sociales basadas en la dialéctica de las ideas y de los sectores sociales.

Giorgio Baratta (DP Año V, enero de 1987, *Liberiano Gramsci*, reproducción de su ponencia en el seminario “Política y cultura, sobre José Carlos Mariátegui y Antonio Gramsci”. Hamburgo, octubre de 1986) destaca con justicia las líneas trazadas por el líder comunista italiano en “Algunos temas de la cuestión meridional”, donde aquél sostiene la necesidad de una lucha radical en el frente de la cultura. “Benedetto Croce —sostiene allí Gramsci— cumplió una altísima función “nacional”, separó a los intelectuales radicales del Mediodía de las masas campesinas, haciéndoles participar en la cultura nacional y europea y, a través de esa cultura, hizo que fuesen absorbidos por la burguesía na-

cional y, por consiguiente, por el bloque agrario”³ Ya que la masa campesina no asimila ningún sector de intelectuales tradicionales orgánicos propios, y puesto que el proletariado “como clase, es pobre en elementos organizativos, no tiene y no puede formarse un propio sector de intelectuales sino muy lentamente, muy fatigosamente y sólo después de la conquista del poder estatal”⁴, el problema central es la conquista, mediante una dura lucha teórica, de los intelectuales hacia una posición favorable al proletariado. Baratta recuerda que Gramsci se había dado cuenta de que, en el período de la Revolución Rusa y del Bienio Rojo, la burguesía italiana había tenido que realizar una gigantesca movilización de energías interclasistas para asegurar nuevas alianzas al bloque de poder dominante. Y añade “La vieja cultura liberal laica y positivista, expuesta a los peligros del democratismo y del progresismo, no servía más para la tarea urgente de guiar y hegemonizar en una dirección antiobrera y antisocialista a las clases medias (...) Era necesaria una vasta acción cultural capaz de neutralizar la rabia y las necesidades de las masas, una acción capaz de arrojar descrédito sobre el materialismo histórico y, al mismo tiempo, de promover una evasión masiva hacia los puros “ideales” (libertad, patria, espíritu, religión, la misma cultura, etc.). De ahí se desprendía la función nacional del neoidealismo hegelianizante de Croce (y, con diferencias parciales, de Giovanni Gentile) o sea la enorme importancia que asumía esta “tranquila revolución filosófica” (Croce) humanística y anticientífica para permitir eliminar en forma indolora el tradicional antagonismo del Estado contra la Iglesia y la religión y, sobre todo, para obtener la aceptación pasiva del régimen fascista por amplios estratos del pueblo italiano. A este punto no importaba mucho que el liberalismo filosófico de Croce no fuese compatible (como lo fue en cambio el idealismo actualista de Gentile) con una adhesión directa al fascismo: ese liberalismo representaba una opción blanda al régimen, que podía ser fácilmente tolerada si no incluso utilizada” La crítica a Croce y a las formas e instrumentos de su capacidad hegemónica se convertía así, para Gramsci, en un momento importante de un programa orgánico socialista, y no sólo en un problema cultural.

Jürgen Habermas reprocha hoy a Stürmer que “ve los procesos de modernización como una especie de indemnización por daños. El individuo, inevitablemente alienado como ‘molécula social’ en una sociedad industrial reificada, debe ser compensado con un sentimiento que pueda conferir identidad. Stürmer a decir verdad no se preocupa tanto de la identidad individual como de la integración de la colectividad. El pluralismo de valores e intereses ‘no encontrando más un terreno común’, conduce ‘antes o después a la guerra civil en la sociedad’. Se hace pues

necesario 'ese conferir de un sentido superior que, después de la religión, hasta ahora sólo la nación y el patriotismo pueden producir' "

Habermas agrega que en esto está implícito el llamado a realizar y divulgar una visión de la historia útil para el consenso nacional.

La funcionalidad de los "neotradicionalistas" con respecto a la política reaccionaria del gran capital que quiere homogeneizar cultura y sociedad y "desculturar" a las masas alemanas salta a la vista. Y recuerda el papel que Gramsci atribuía a Croce.

El debate contra la idea misma de revolución (desde la francesa hasta la socialista), contra el internacionalismo, contra la visión clasista, contra la conciencia de que la legalidad de hoy fue conquistada ayer por las armas, derribando al fascismo y al nazismo a un costo humano y material inmenso, y no es resultado de una graciosa concesión estadounidense, es un combate que en todas partes está a la orden del día. La memoria histórica es peligrosa y debe ser suprimida, deformada. Ahora bien, ella es algo que las nuevas generaciones deben adquirir gracias a la acción de los intelectuales y de esos intelectuales colectivos que son los partidos. Poner en ridículo o quitarle la patente científica a los que tratan de mantener, en el campo cultural, las conquistas del pasado (sea el pensamiento marxista, sea incluso el liberalismo consecuente) es una tarea urgente para quienes deben conquistar una mayor hegemonía cultural, de modo de poner de acuerdo la cultura (y la conciencia) con la sociedad autoritaria que han estado construyendo en los últimos quince años, tras la conmoción grave de fines de los sesenta. El olvido es una importante arma política. No se trata, pues, de salvar a los alemanes del complejo de culpa para que puedan caminar en el concierto de las naciones con la cabeza alta. Se trata, en todo el mundo y en Alemania misma, de no hacer pasar a un pasado que no quiere pasar, sino de resucitarlo en parte, fingiendo olvidarlo.

Roma, Setiembre de 1987

NOTAS

¹ Ver, en particular, el artículo de Jean-Jacques Guinchard, en *Le Monde Diplomatique*, N° 400, año 34°, julio de 1987.

² Renzo de Felice, en *Le interpretazioni del fascismo*. Laterza, Roma-Bari, 1986 hace notar, respecto a las interpretaciones marxistas del fascismo, que "hasta hoy, aunque esta interpretación haya inspirado numerosísimos ensayos y tomas de posición de carácter general, ideológico-político, sin embargo no expresó a nivel científico ningún estudio histórico global del fenómeno fascista. La única tentativa en este sentido sigue siendo aún la obra, de 1936, *Fascisme et Grand Capital*, del trotskista francés Daniel Guérin que, por otra parte, enfrenta de hecho el problema sólo bajo el perfil italiano y alemán y que presenta todos los límites derivados de la época y de las circunstancias en que fue escrita" (pág. 62).

³ A. Gramsci, *Alcuni temi della quistione meridionale*, en *La costruzione del partito comunista, 1923-26*, Turín, Einaudi, 1978, pág. 158.

⁴ Idem, pág. 158.

POLITEIA

(Revista de Ciencia Política)

	pág./n
Staff - Sumario	1
Editorial	2
Exclusivo	
<i>"Reportaje a Michel Uouelle"</i>	4
Nota de Tapa	
<i>"Militarismo en América Latina</i>	6
Manuel Mora y Araujo: "Los gobiernos militares en América Latina"	6
Marcelo Cavarozzi: "Los Militares Argentinos y sus visiones de la Política Nacional"	7
Cap. Ernesto Urien: "Militarismo y Conciencia Nacional"	10
Suplemento Especial	
Elecciones del 6 de Setiembre de 1987	
<i>"¿Qué dicen los que dicen?"</i>	
<i>Entrevista con Emilio de Ipola y Edgardo Catterberg</i>	14
Correo de Lectores	20
Página Abierta	
<i>"La Sociedad Argentina de Análisis Político y la Ciencia Política"</i>	
<i>Reportaje a Oscar Osziak</i>	21